

Entrevista con Clive Robbins

Publicada en la Revista Brasileira de Musicoterapia. Año V, n° 6 – 2002.
Traducción: Lic. Diego Schapira

La entrevista comienza con Lia Rejane hablando de la emoción de recibir a Clive Robbins y de la importancia de esa visita a Brasil.

C.R. - Es muy importante volver al hemisferio sur porque yo viví aquí durante muchos años, en Australia. Estoy feliz de venir a Brasil, por el pueblo latino. Uno de mis grandes profesores, Genter, tenía muchos deseos de venir a América del Sur, pero Paul (Nordoff) nunca quiso venir porque tuvo una mala experiencia en México, que no es América del Sur pero es América Latina. Quedó receloso, entonces, nunca vinimos. Estoy encantado de estar acá. Es una experiencia maravillosa. Eso hace a mi vida más completo porque adoro la energía de las personas. La musicoterapia de cada país tiene más energía propia.

L.R. – Me gustaría reiterar la importancia de su visita y de hacerle algunas preguntas sobre musicoterapia. Pero, inicialmente me gustaría comentarle que ayer a la noche quedé sorprendida al oír a Bárbara decir que usted, cuando joven, fue pintor. Sin embargo, antes de comenzar a hablar de la pintura, me gustaría preguntarle dónde nació.

C.R. – Nací en Inglaterra en 1927 y mi familia tenía una panadería. Entonces, todo el ambiente era de trabajo, pues la panadería era nuestra casa. Vivíamos, dormíamos y comíamos donde estaban las máquinas y las oficinas. En ese lugar trabajaban, más o menos, veinte personas durante 24 horas por día. Así, crecí en un ambiente de trabajo, y no en una casa. Todo era trabajo.

L.R. – ¿Usted ya era pintor en ese espacio o comenzó después de eso?

C.R. – Pasé un tiempo de mi vida intentando encontrar lo que podría hacer, lo que debería ser. Era muy abierto a la vida, exploraba muchas cosas, entendía de mecánica, pero también me gustaba la música. Aunque el gusto de mi familia fuese por la música clásica ligera y popular, la que a mí también me gustaba; en mi adolescencia descubrí la música seria, sinfónica, conciertos, y de ahí en más. En realidad, tenía mucho interés en las artes, en especial el arte dramático. Entonces, entré para la Real Fuerza Aérea y sufrí un accidente. Me comencé a interesar por la fotografía y después comencé a pintar, estudiar técnicas de pintura, historia del arte y particularmente, a los impresionistas. Monet, era mi dios, pero amé también a Renoir y muchos otros. Entonces, comencé a ser pintor.

L.R. - ¿Y cómo fuiste de la pintura a la música?

C.R. – En primer lugar, tenía una relación práctica con la música. Comencé a estudiar música cuando tenía 12 años y no era tan malo. Estaba comenzando a tocar sonatas de Beethoven, cuando en un accidente tuve problemas en la mano izquierda y no pude tocar más el piano. Así comenzó mi experiencia musical. Estaba interesado en la música.

Después de haber sido pintor por mucho tiempo, percibí que tenía un buen ojo, pero que no tenía el talento necesario. Quedé un poco cansado de aprisionar los colores en una tela, quería que los colores permaneciesen libre y no encontré la forma de lograr eso. A partir de eso, fui de trabajo en trabajo, haciendo toda especie de actividad. Pero regresé para la panadería para tener algún dinero pues quería emigrar. Entonces fue allí que conocí a mi primera mujer. Aún estoy respondiendo sobre cómo llegué a la musicoterapia.

Fuimos a vivir a un trailer, viajando por el país y fue cuando ella encontró un trabajo en una institución de Rudolf Steiner, para niños. Algunas veces yo manejaba hasta su trabajo – que era en un lugar maravilloso, en un parque particular, con una gran casa y muchos edificios alrededor-, y yo sentía que ese era un lugar especial. Un día, en Navidad, ella me hizo visitar ese lugar, esa comunidad. Las personas vivían juntas y trabajaban con cerca de setenta niños. Tal vez hubiera cerca de veinticinco a treinta personas realizando el mismo trabajo.

Era una Navidad normal, todos bebiendo, juguetes, varias cosas de Navidad. Existía, por consiguiente, una atmósfera de paz, reverencia, velas por todas partes, bondad.

Ellos hacían su propio mobiliario, que era de madera y muy bien hecho. Hacían cerámica en lindos colores, camas para los niños, tejían sus cobertores y, pienso que porque siempre quise pertenecer a una comunidad, me sentí muy atraído por este lugar.

Poco después de Navidad regresé para ver si podría permanecer allí. Ellos adoraban a mi mujer, pues ella era maravillosa con los niños, muy atenta y gentil. Recuerdo que cuando iba caminando para allá pensé: vos sos un idiota, no sabés nada de esto, no serás capaz de decir lo que querés decir. Vos te sentís tímido, sin gracia.

Al llegar vi árboles y una bella casa y cuando llegué a la cima tuve un sentimiento maravilloso de beatitud, confianza y serenidad, como si estuviese en un lugar muy especial. Y pense que aunque eso no hubiera sido planificado, me gustaría ser profesor de esos niños. Me sentí muy contento porque ellos me dieron algunos libros para leer. Me pidieron que volviese cuando terminara de leerlos y fuese capaz de hablar sobre su contenido. Los libros trataban sobre el desarrollo espiritual, vida y muerte y, aunque todo fuera nuevo para mí, fui capaz de entenderlos. Cuando volví a la casa hablé sobre todo eso y ellos dijeron que podría quedarme. Así, me mudé para allá con mi trailer y comencé a trabajar. Fui entrenado para trabajar como maestro de niños deficientes. Eso fue en 1954. Hace 43 años que trabajo con ese tipo de niños. Tenía niños muy difíciles. Después que terminé mis estudios pedí trabajar con criaturas difíciles. No me pregunte por qué, pero creo que yo quería ser desafiado para enfrentarme con aquellos que yo consideraba difícil.

Los niños con los que comencé a trabajar eran muy deficientes. Ellos no mejoraban. Por el contrario, empeoraban. Uno que otro mejoraba. Cuando crecían, yo podía controlarlos. Yo tenía una fuerte personalidad y conseguí tener mi clase en orden. Pero eso no me satisfacía porque sentía que quería saltar las dificultades, los problemas, el dolor, la frustración, el fracaso, y llegar al centro de los individuos y liberarlos para la vida porque

estaban siempre aprisionados en aquella situación. Yo me sentía tan desesperado que un día hice una oración profunda. Había una especie de revelación realizada por Steiner, en el inicio del siglo, en 1900 – 1923, pero sentí que precisábamos de una revelación nueva, de una forma contemporánea de acción, y no como se hacía en la Europa 50 años atrás. A partir del contacto con las ideas de Steiner, pude tener una visión sobre reencarnación y karma. Por otro lado, eso me daba una responsabilidad mayor porque yo no podía encontrar, en aquella época, una manera de trabajar a favor de la cura de esos niños. Entonces, honesta y sinceramente, recé.

Herbert Genter, nacido en Alemania, fue a la Escuela Steiner, en Stuttgart. Su padre, en los años 30, fue a Inglaterra, para ayudar a desarrollar la educación basada en Steiner, pues él tenía un gran bagaje.

Todas las personas que siguen las palabras de Steiner son dogmáticas. Sin embargo, tienen una cierta libertad, aún con cuidado en relación con sus enseñanzas.

Pero, Herbert Genter era diferente. Él dice que había tremendas brechas en el trabajo de Steiner. Pero Steiner hizo lo que podía, y fue sólo en el último año de su vida que él habló sobre patologías y niños deficientes. Él vivió una vida plena. Comenzó muchos proyectos para traer una nueva visión interior, nuevos entendimientos, nuevas percepciones, nuevos desafíos.

No creo que mi oración haya hecho efecto pero, ciertamente, me llevó a una búsqueda. Usted debe estar preparado para todo lo que pueda suceder.

Pienso que, frecuentemente, hacemos lo único que podemos hacer, que es orar. Yo tenía mi propia vida espiritual.

Eso fue en 1957. Después en 1958, Paul Nordoff visitó algunas instituciones para niños. Él estaba siguiendo los pasos de Steiner y era un brillante compositor y pianista. Él estuvo en Europa, durante su año sabático, en un período de estudios para intentar conseguir que su música fuese interpretada. Como yo decía, en América él era conocido como compositor neo-romántico, y en los años 50 esta era una sentencia de muerte.

L.R. – Él era americano ¿no?

C.R. – Paul era americano. Tenía grandes conocimientos de inglés, alemán, español, y de idioma indo-americano. Poseía una mezcla bien americana formada por civilizaciones extranjeras. Él estaba en Europa intentando conseguir que interpretasen su música. Había estado allá muchas veces antes de la guerra y mantenía muchos contactos. Como yo decía, en América él era conocido como compositor neo-romántico, y en los años 50 esta era una sentencia de muerte. Cualquier cosa romántica era considerada por demás sentimental. En esta época, todos estaban interesados en filmes y él había conocido al directo de Sunfield, cuando él fue a dar una conferencia en América.

Y he aquí como la historia de Paul y la mía comienzan a entrelazarse. Él estaba en Londres y fue a una conferencia de un antropofista muy importante, Karl Koenig, que tenía una personalidad muy fuerte y medios poderosos para controlar a las personas, consiguiendo siempre lo que quería. La conferencia fue sobre niños físicamente deficientes y consistía en hacer que los niños miraran a una pantalla blanca. Atrás de la pantalla había luces de colores y, entre las luces y la pantalla, ritmistas graciosos que se movían muy graciosamente. En la pantalla se veía, por lo tanto, una luz color rosa y una sombra que sería verde-azul, los colores complementarios. Acompañando estos movimientos había

música suave. Cuando la conferencia finalizó, Paul preguntó: - “¿Esta música fue compuesta especialmente para esta actividad?”. Y el conferencista contestó: - “Sí.” Más adelante vamos a hablar un poco sobre esto. Era una música débil, “fina”, estereotipada. Paul dijo: - “Esto es muy excitante.” La música está compuesta (porque él mismo era un compositor) dentro de una actitud espiritual, dentro de una vida espiritual. Y ahí él habló: - “Tengo que ir a Escocia. Tengo que ver a este hombre ”. Y su amigo respondió: “Usted no tiene tiempo para ir tan lejos, a Escocia, y regresar para Alemania. Vaya a Sunfield que es mucho más cerca y visite esa institución de niños, pues allá utilizan bastante música también”. Entonces Paul vino a visitar la institución donde yo trabajaba.

Yo estaba dando mi clase y Genter dijo a uno de los chicos de mi grupo: “Les tengo que contar la historia de Cenicienta (ustedes deben conocer esta historia de los hermanos Grimm aquí). Hay dos versiones, la francesa que es muy romántica, con calabazas y ratones transformándose en cocheros; y hay una versión original alemana, que es muy pesada, dramática y colorida. Y fue ésta la versión que él usó.

Estábamos con mi grupo en mi pequeña aula, sentados a la mesa, contando la historia. Entonces golpean a la puerta y entra mi directos con este americano, que yo no conocía. Sabía que vendría, pero no sabía que visitaría mi grupo. Se sentaron entonces con los niños y continuamos contando la historia. Y Paul se sentó con los codos apoyados en la rodillas, atento a todo lo que sucedía. Finalmente, Paul dijo al director: “Creo que estamos perturbando el ambiente. Debemos salir”. Entonces ellos salieron. Por lo tanto, la primera vez que Paul me vio, yo estaba trabajando con niños deficientes.

En aquella noche él dio un recital donde tocó sus músicas. Él adoraba escribir canciones sobre poemas. Tomaba un poema y lo musicalizaba. Nunca hacía lo contrario. Yo adoraba la poesía americana moderna de Cummings y otros poetas como Edna St. Vincent Millay.

Yo estaba en este pequeño balcón, mirando para abajo, y allí estaba el piano y Paul. Él primero leía el poema y después tocaba la música compuesta. Yo nunca había visto un hombre tan abierto y tan directo con el público. Y los poemas eran maravillosos. Eran sobre la vida, sentimientos, lucha, amor, misterio y misticismo, pero leído de una manera especial. Y entonces él tocaba su música y yo entendía la libertad de ella; entendía por qué la había compuesto; cómo las palabras y la música se juntaban y el poder de expresión que salía de ellas. Y yo sentí como si él fuese un sol entre los otros hombres. Era radiante, poderoso, fuerte, pero no autoritario. Yo sentí que él tenía la capacidad de expresar amor, sin afecto, sin sentimentalismo, siendo más bien directo, de corazón, inteligente. Sobre su música yo estaba viviendo cada nota, cada parte. Esta es la manera en que los jóvenes seguidores de Schubert se sentían en aquella época. Él es el Schubert de mi época. Yo estaba muy emocionada y alerta. Después del concierto iba bajando las escaleras y todas las personas estaban saliendo. Aún los más prósperos y viejos hacían referencia a él. Entonces yo pregunté a un amigo: “George, ¿te gustó la música?”. Y él dijo: “Sufrí”. En ese momento pensé: “Vos no la comprendiste. Esto no es para vos ni para su generación, es para mi generación”.

Fue entonces un momento de liberación y yo supe lo que podía vivenciar: el poder, la verdad. Hablé con Paul más tarde. Él me dijo. “Vea, mi música es para los jóvenes”. Él fue, entonces, a Alemania y dijo a un amigo rico – que tenía una fábrica de turbinas-, que estaba

muy interesado en usar la música como terapia. Lo mandó a otro lugar, donde un músico estaba usando una lira con cuerdas. Este músico estaba trabajando con un niño que no podía juntar las palabras, que sólo podía decir palabras separadas, a no ser que tirase de las cuerdas de una lira. Podía, entonces, decir a Paul: “Guten morgen”, etc. (Buen día). Paul estaba tan maravillado con esto que pensó para sí mismo “Aquí estoy en Europa, intentando mostrar una sinfonía a ellos y aquí está un músico intentando a través de la música llevar a un niño a hablar. No tengo dudas sobre qué es lo más importante.”

Él entonces volvió a América y telefoneó al presidente de la facultad donde era profesor titular y le dijo: “Quiero otro año de estudio, pues tengo que estudiar musicoterapia.”

L.R. - ¿El nombre ahí utilizado ya era musicoterapia?

C.R. – En América estaban en una etapa anterior. Crearon una Asociación Nacional y comenzaron la práctica clínica en 1950. Sólo más tarde, los académicos llegaron allá. Era un trabajo principalmente clínico. Después se tornó abstracto y muy behaviorista. Pero el pionero Thayer Gaston no tenía más modo de pensar. Por lo contrario, estaba muy interesado en psicodinámica. Seguíamos las enseñanzas de Jules Masserman, más eso era adaptable hasta cierto punto.

Pero el pedido de Paul, para que le fuese concedido un año más de licencia, le fue negado. El presidente le respondió que no podría prescindir de él. Que él precisaba volver. Entonces, él renunció. Aquel era un empleo fijo, con seguridad; pero quería cambiar su carrera y estaba con casi 50 años de edad. Tenía 49 años. Y con esta edad salió de la facultad y se transformó en un músico profesional, y comenzó a estudiar musicoterapia a fondo. Entró en una asociación comunitaria nacional de terapia, consiguió toda la literatura, y visitó algunos centros para aprender todo. Aún tengo esos libros, con sus marcaciones, no siempre elogiosas.

Entonces juntó dinero suficiente para volver a Sunfield, para estudiar musicoterapia, para vivir experiencias, pues oímos decir que R. Genter era brillante y era un hombre de visión; un hombre espiritualmente alerta y de una percepción profunda. También era una persona con un gran corazón. Estaba también el director, que era un excelente violinista, muy interesado en música y también en desarrollar una nueva y total aplicación de las artes como pintura, movimiento y música, como terapia. Entonces Paul regresó a Inglaterra. Comenzó a trabajar como profesor de un grupo de niños, a realizar una teoría de la musicoterapia, comenzó a trabajar clínicamente. Yo estaba trabajando y Paul comenzó a trabajar en Sunfield como un juego, cuyo nombre es muy sugestivo, “Pif- Paf- Poltrie”, como una de las historias de los Hermanos Grimm.